

varon caminaba, no podian tener con él, que ya tenia el uso convertido en naturaleza. Hizo notable fructo en la conversion de los indios infieles con su predicacion y vida ejemplar, y destruyó en muchas partes la idolatría con sus ritos y sacrificios gentílicos. Era austero en el tratamiento de su cuerpo, y por esto sufrió mucha hambre, sed, cansancio, frio, calor, y muchas persecuciones y contradicciones que le acarreo el demonio. Su vestido era un hábito sin túnica y un mantillo, sin otra cosa alguna. Tenia de noche hora y media de oracion mental, en la cual era muy ferviente, y jamas la dejaba por cansado y fatigado que llegase del camino. Su ejercicio ordinario era convertir almas á su Criador, y poner en pueblos y policía la gente convertida, haciéndoles iglesias y dándoles imágenes para que ante ellas rezasen y se encomendasen á Dios. Derrocó muchos templos de ídolos, y oviéranle muerto muchas veces por ello si Nuestro Señor no lo guardara para obra tan santa y apostólica. Andaba siempre acompañado con otro religioso, y dormian siempre ó en el campo en chozas que hacian de ramos de árboles, ó entre los ídolos en sus propios templos, que entre aquella gente bárbara de chichimecos no eran mas que unos montones ó cerros de tierra, grandes y altos, con poco edificio, donde tenian sus ídolos. Acaecia muchas veces llegar donde habian de descansar, bien fatigados del camino y cuestras, y á las veces mojados de aguaceros y lluvias, desmayados de hambre, ya media noche, y el descanso del siervo de Dios Fr. Francisco era rezar luego sus maitines y tener su hora y media de oracion mental. Si dormía en el campo, el manto le servia de colchon y frazada, y un manojo de yerbas de cabecera. Una estera de la tierra, tendida en el suelo, era la mesa y manteles en que comia, y los manjares maiz tostado, que los mexicanos en su lengua llaman *cacalotl*. Edificó este santo religioso el monesterio de Auacatlan, y fué el primero guardian que en él hubo, y en sus peregrinaciones su individuo compañero Fr. Miguel de Estibaliz, lego, que hoy dia vive muy anciano, de quien en otras partes de esta historia se ha hecho mencion. Lo primero que en este pueblo de Auacatlan hicieron, fué poner escuela para enseñar la doctrina cristiana á todos los niños de aquella provincia, conforme á la costumbre que todos los religiosos tienen en esta Nueva España. Antes que el varon santo á este pueblo viniera, habíanse alzado los moradores de él y remontádose por las serranías, y entre ellos un indio sacristan que guardaba las cosas de la sacristía. Su madre de este fué delante de Fr. Francisco y de su compañero,

despues que llegaron al pueblo, y les preguntó si habian de quedar en él de asiento. Respondiéronle que para qué lo preguntaba. Á lo cual les replicó ella, que si habian de perseverar en aquel pueblo, les daria ciertas cosas del servicio del altar que tenia guardadas en su casa en una caja de caña, que ellos llaman *petlacalli*, porque un hijo suyo, de los que andaban alzados, habia sido sacristan en aquella iglesia, y las habia sacado de ella y llevado á su casa. Los religiosos le dijeron que habian venido allí á hacer monesterio en que habitar, y enseñar la ley de Dios. Entonces la buena mujer les trajo dos casullas de damasco y dos cálices de plata, unos corporales, y otras cosas de servicio de la iglesia. Viendo Fr. Francisco tanta fidelidad en una india, alabó á Dios, y animándose, dijo á su compañero Fr. Miguel, que se serviria mucho Nuestro Señor en que comenzasen á sembrar su divina palabra por aquellas sierras donde los indios andaban remontados. Y así lo hicieron, que poco á poco los fueron allegando y recogiendo en sus poblaciones, y habiendo juntado en aquel valle de Auacatlan diez y seis pueblos de paz y edificado muchas iglesias, partiéronse para otro valle llamado Auaxocotlan, donde despues le dieron la muerte, como el mismo Fr. Francisco lo tenia dicho, que aquellos indios lo habian de matar. Los españoles que entonces andaban por allí y los indios de paz estorbábanles que no fuesen á aquel valle de Auaxocotlan, conociendo la gente cuán peligrosa era, diciendo que los matarian. Mas ellos no dejaron por eso de ir, aunque por entonces quiso nuestro Señor que los recibiesen pacíficamente; tanto, que en viendo á los religiosos se amansaron como unas ovejas, siendo aquellos bárbaros la gente mas feroz y brava que hay por toda aquella tierra. Ayuntólos Fr. Francisco en cinco pueblos, donde fundaron iglesias y pusieron doctrina, y con esto se volvieron á su monesterio de Auacatlan. Despues de haber descansado algunos dias, determinaron de partirse para otros indios bárbaros, llamados tecaxquines, que estaban doce leguas de allí, y llegados á un pueblo llamado Oztoticpac, los indios de él lo desampararon y se huyeron á la sierra. Y visto que nadie les salia al camino, fuéronse á aposentar á la casa donde los indios tenian el ídolo del sol. Y como con cuidado mirasen por todas partes si parecia alguno, á la tarde vieron uno que estaba escondido entre unas matas, al cual rogaron que se fuese con ellos. Acompañólos el indio, y ellos lo regalaron y acariciaron cuanto pudieron. Y sabido de él que los del pueblo habian huido de miedo que cobraron cuando supieron que venian frailes,

entendiendo que con ellos vendrian españoles seglares, enviaron á este indio que los llamase y certificase que podian venir seguros. Aun no habia pasado una hora desde que partió el indio, cuando vinieron con él otros veinte y cinco, á los cuales dió á entender Fr. Francisco cómo no venian á sus pueblos á les hacer algun mal ó agravio, mas antes mucho bien, y á darles á conocer el verdadero Dios y declararles cómo le habian de servir y agradar. Con esta seguridad, luego otro dia por la mañana vinieron al pueblo á ver lo que el padre queria, como seiscientas personas, hombres y mujeres, sin los niños que criaban (que á los mayorcillos no los osaban traer porque no se los quitasen, sabiendo que los religiosos los recogian y ponian en escuelas para que deprendiesen la doctrina cristiana). El siervo de Dios como vió aquella gente junta, consolólos espiritualmente, proponiendo la palabra de Dios y atrayéndolos á la confesion de su santa fe. Y ellos en agradecimiento del amor que les mostraba, le dijeron que holgaban mucho con su venida, porque bien sabian que eran padres espirituales, y que no hacian mal á nadie ni querian cosas del mundo; mas que habian miedo de los cristianos (que así llaman ellos á los españoles seglares), porque era gente codiciosa, y los maltrataban y afligian para sacarles oro y plata. Dieron luego de comer á los religiosos y hicieron en presencia de ellos un baile con mucho contento y regocijo. Fr. Francisco y su compañero les trazaron los sitios donde habian de poblar y juntarse, y en la primera iglesia que se levantó pusieron una imágen del apóstol Santiago, la cual despues quedó con la vocacion del mismo santo. De aquí partieron para otro pueblo de la misma lengua, donde los recibieron con mucha alegría, y los saludaron segun su costumbre. Edificaron en él otra iglesia, que pusieron por nombre S. Miguel, dándoles una imágen del mismo santo, y hicieron lo proprio en otros cinco pueblos, y con esto se volvieron á su monesterio. Despues que ovieron descansado algunos dias, como el principal descanso del siervo de Dios Fr. Francisco no era otro sino trabajar en convertir almas á su Dios, tomó á su compañero Fr. Miguel y dió la vuelta para Auaxocotlan, donde antes habia estado y puesto doctrina. La segunda noche despues que llegaron, fueron avisados de los del pueblo cómo otros indios vecinos y enemigos suyos los querian venir á matar, así á los religiosos como á ellos, por haberlos recibido en su pueblo. Á Fr. Francisco y á su compañero les pareció era bien ausentarse de allí, porque aquellos indios no recibiesen detrimento alguno por su causa. Mas apenas

fueron salidos del pueblo, cuando todos los moradores de él dieron á huir, haciendo lugar á los enemigos, los cuales vinieron luego y quemaron todos los cinco pueblos que los frailes hicieron edificar, y mataron seis muchachos de los que enseñaban la doctrina cristiana. Sabida esta nueva por los religiosos el dia siguiente, recibieron mucha pena, y en particular por la muerte de los muchachos. Y dentro de pocos dias tornaron á reedificar los cinco pueblos, y pusieron de nuevo doctrina en ellos. Viendo Fr. Miguel que los indios andaban por matallos, dijo á su guardian Fr. Francisco, que dejase aquella tierra, pues era tan peligrosa, y los indios bárbaros los acechaban para matarlos. Á lo cual respondió el siervo de Dios con sereno rostro, que bien sabia que aquellos indios lo habian de matar, mas que por eso no habia de dejar de evangelizar y predicar la palabra de Dios para que aquellos infieles viniesen en conocimiento suyo y se les abriese camino para su salvacion. « Bien sabia Cristo nuestro Redentor (dijo él), que habia de morir á manos de los judíos, mas no por eso los desamparó ni les dejó de predicar y hacerles buenas obras. Y pues tan alta Majestad murió por mí á manos de su pueblo, no será mucho que muera yo por él á manos de estos bárbaros.» Tornóle á decir Fr. Miguel, que con todo aquel espíritu, seria lo mas acertado dejar aquel valle y no tentar á Dios. Á esto le respondió con alguna indignacion, diciendo que no le tratase mas de aquella materia, porque con ella le daba mucha pena, y con esto dieron la vuelta á su monesterio.

CAPÍTULO VI.

De otras entradas que hicieron Fr. Francisco Lorenzo y su compañero.

PASADOS algunos dias hicieron otra entrada por tierra de los tecoxines, que habian dejado de paz y con doctrina, y tomaron consejo con ellos si seria bueno ir entre unos indios bárbaros que poseian una tierra llamada Amaxocotlan. Los indios respondieron que no, porque eran enemigos suyos y gente cruelísima, que no les perdonarian la muerte pudiéndosela dar. No obstante esto, acordaron de ir allá, y los del pueblo les dieron un indio por intérprete que hablase por ellos y juntamente los guiase. Antes de llegar á Amaxocotlan, enviaron los religiosos un mensajero á los indios, diciéndoles que iban á visitarlos y á consolarlos, que les rogaban los

recibiesen pacíficamente. Tuviéronlo por bien los indios de aquel pueblo, y saliéronlos á recibir. La salutacion que estos les hicieron fué llevar sendos ramos en las manos y decir ciertas palabras en su lengua, y desviarse luego para tras, y conforme á su posible los regalaron. Fundaron allí los religiosos cuatro pueblos con sus iglesias, y dejándoles suficiente doctrina se volvieron á su convento. Despues de algunos dias se partieron para otra provincia, que los españoles llamaron de los Frailes, porque los naturales de ella traian coronas grandes abiertas como las de los frailes y redondas por cima de las orejas. Antes de llegar á esta provincia, bajaron al valle de Banderas, donde habia muchos árboles que traen el cacao, fruta á manera de almendras, de que se hace una bebida fresca, y corre por moneda menuda en toda esta Nueva España. No quisieron detenerse en aquel valle; lo uno, porque los españoles que tenian aquella granjería del cacao (como siempre querrian tener ocupados los indios en lo labrar), no gustarian de que viniesen los frailes á embarazarlos en hacer poblaciones y darles doctrina, y lo otro, porque en caso que los pudieran juntar sin contradiccion, era hacerles mala obra á los mismos indios, á causa que estando juntos, los tuvieran mas á mano los españoles para acabarlos con sus vejaciones, como al cabo lo hicieron. Por esta razon se quedaron por entonces Fr. Francisco y su compañero en las haldas de la sierra, y allí juntaron siete pueblos, haciéndoles sus iglesias y dándoles recado de doctrina. El modo que estos tenian de saludar, era alzar el dedo hácia arriba y bajar la cabeza, y luego se iban. Llegaron despues de esto á la provincia de los Frailes, y tomaron posada en la casa del ídolo del sol, que entre ellos era tenido por el mas principal. Allí fueron á verlos algunos de aquellos naturales. Saludaban estos bajando la cabeza, y diciendo algunas palabras en su lengua, y dichas, se iban luego. Otro dia se juntó mucha gente á do estaban los religiosos, y el siervo de Dios Fr. Francisco les hizo una plática, declarándoles á lo que venian. Á lo cual los indios acudieron bien, diciéndoles que holgaban mucho de su venida y de recibir la fe que les predicaban; mas que no querian que españoles entrasen en sus tierras, por los malos tratamientos que siempre hacen donde quiera que llegan. Los religiosos los aseguraron de esto que temian, y los indios de ello satisfechos, luego se sujetaron á lo que de ellos ordenasen. Vista su pronta voluntad, les hicieron edificar allí una iglesia, y les dieron para ella una imágen de S. Antonio, y trazóse el sitio del nuevo pueblo con mucho contento de todos. Edificaron

tambien en el valle donde esta gente vivia, otros seis pueblos con sus iglesias, y otros seis en el contorno del valle, tambien con sus iglesias, y para todas ellas dieron imágenes, de que siempre iban bien proveidos. Acabado de poner todo esto en órden, dijeron los religiosos á los indios, que querian caminar para otra gente, que les pusieron nombre los coronados, porque tambien traen coronas como estotros, aunque de diferente manera, y enemigos capitales de ellos. Los que ya se habian dado por amigos se lo estorbaban, diciéndoles mucho mal de aquella gente. Mas como el apostólico varon Fr. Francisco tenia ya ofrecida su vida á Cristo, no le ponía temor la ocasion de perderla, y así tomó su camino para la tierra de los coronados, y quisieronlo acompañar veinte capitanes de aquellos con mucha gente armada. Al primer pueblo que llegaron fué Chacala, y no hallaron en él gente, porque los moradores habian dado á huir. Entendiendo, pues, el varon santo Fr. Francisco que huian de miedo de los capitanes que lo acompañaban, rogóles que se volvieran á sus casas, porque ellos se querian quedar allí solos. Tomaron esto muy mal los capitanes, porque sabian cuán inhumanos y fieros eran aquellos sus enemigos á quien iban á ver los religiosos, mas porque les insistieron mucho, se ovieron de volver, quedando los religiosos solos. Llegó luego á ellos un indio viejo, el mas principal de aquel pueblo, por saber de su venida, al cual dieron razon de ella, y preguntáronle qué tantos pueblos habia en aquella punta de serranía, que llegaba hasta el mar del sur (porque toda esta tierra que los religiosos corrian era costa del mar), y el indio les respondió que habia diez y siete pueblos. Envió Fr. Francisco indios mensajeros á llamar los moradores de ellos, y todos vinieron. El modo de saludar de esta gente era alargar la mano hácia los religiosos y besarla luego, como algunos de nuestros españoles lo usan. Puestos en órden estos indios, conforme á los demas por donde habian pasado, partieron de allí Fr. Francisco y su compañero para Amaxocotlan, donde tenian los naturales de aquella tierra recogidos todos los ídolos de ella, y allí acudian todos como á principal oráculo á hacer sus ritos y sacrificios. Aposentáronse en la casa del ídolo del sol, donde los recibieron alegremente. Pasando adelante, vieron otras dos casas ó templos de ídolos en la costa del mar, y preguntó Fr. Miguel á los que los acompañaban, á qué dioses estaban dedicados aquellos templos, y fuéle respondido que el uno era dedicado al dios de la guerra y el otro al dios del pescado. Quisieronlos ver, y subieron á lo alto de ellos y vieron am-

bos ídolos con sus insignias; al dios de la guerra con una saeta en la mano, y al del pescado con un pece. Sacó Fr. Miguel secretamente fuego de un pedernal que traía, y pegó fuego á las casas, que como lo mas era de paja, luego ardieron y se quemaron, y entonces salió huyendo un sacerdote de los ídolos que estaba escondido. Partiéronse luego de aquel lugar para proseguir su camino, y tuvieron noticia que los bárbaros de aquella tierra trataban de los matar. Y sabido esto por cosa cierta, Fr. Francisco dijo á su compañero que se aparejasen de su parte y se encomendasen muy de veras á Dios, y despues él ordenase lo que fuese servido. Y así lo hicieron, que toda aquella noche se estuvieron aparejando lo mejor que pudieron para recibir la muerte por Cristo. Fr. Miguel se confesó con su guardian, y el guardian se postró por el suelo, derramando muchas lágrimas y pidiendo á Dios misericordia de sus culpas; puesto un crucifijo encima de un escriño de la tierra, y ellos hincados de rodillas delante de él, á ratos rezaban y á ratos se consolaban el uno al otro y animaban, diciendo que tuviesen mucha esperanza que les sucederia bien, pues ellos no hacian aquella jornada ni peregrinacion por buscar oro ni plata, ni otros bienes temporales, sino solo por buscar ánimas perdidas, y redemidas por la pasion y sangre del Hijo de Dios. Y aunque fué así verdad que mientras hacian esto los religiosos, se juntaron mas de doscientos bárbaros con sus arcos y flechas para matarlos, y los tenian ya cercados y vieron la muerte al ojo, y les oyeron decir mueran, mueran, quiso Nuestro Señor en un instante mudarles la voluntad, porque tomando otro parecer se sentaron (que es señal entre los indios bárbaros de no querer hacer mal), y se pusieron mas mansos que corderos. Visto esto, salió el santo Fr. Franciscó á ellos, y hízoles un razonamiento persuadiéndolos á recibir la fe cristiana y perseverar en ella guardando los mandamientos de Dios. Oyéronle de buena gana, y dijéronle que holgaban de que los religiosos estuviesen con ellos y los visitasen; mas no querian que los españoles seglares viniesen con ellos. Y porque se recelaban que luego habian de venir tras ellos, por eso los querian matar. De aquí se volvieron Fr. Francisco y su compañero á su convento; y aunque aquellos indios les rogaban y importunaban mucho se quedasen allí con ellos, no pudieron acudir á ello por haber muchos dias que andaban fuera de casa, y era necesario tener cuenta con todo.

CAPÍTULO VII.

De la prosecucion de este santo varon en su predicacion, y cómo los infieles lo mataron con otro compañero.

Poco era el descanso que el siervo de Dios Fr. Francisco Lorenzo tomaba en su monesterio, acordándose de las muchas ánimas que el enemigo llevaba al infierno, de aquellos indios infieles por do él habia andado, y del peligro en que quedaban los recién convertidos, sin el resuello y ayuda de la palabra de Dios por boca de sus ministros. Y así dió en breve la vuelta juntamente con su compañero Fr. Miguel á los pueblos de Amaxocotla, donde fueron recibidos de sus discípulos con mucho contento. Guardaba el santo Fr. Francisco este modo en el baptizar: que á los niños luego los baptizaba, y á los adultos catequizaba y enseñaba la doctrina; y estando ya en ella instructos, los baptizaba. Persuadiales que no se embijasen (que es teñirse el cuerpo de negro ó de otros colores), y que le trajesen los ídolos que tenian guardados; y que el que tenia dos mugeres dejase la una, quedando con la primera. Todo esto hacian aquellos indios de buena gana, por el deseo que tenian de baptizarse. Usaban estos indios de Amaxocotla traer barbas postizas hechas de oro, plata ó cobre, y para esto se quitaban las pocas que les concedió naturaleza. Traian presas las postizas con unos clavitos algo larguillos, con una cabezuela ancha como de medio real, y poníanse dos órdenes de ellas en el contorno de la boca. Mandáronles que se quitasen estas barbas, lo cual ellos hicieron sin dilacion; y del oro y plata y cobre que de ellas salió, hicieron diez y siete campanas de á quintal, que pusieron en diez y siete iglesias. Volviéndose otra vez para su convento, pasaron por Cacalotla, donde baptizaron cuatrocientas personas, y de allí fueron adelante por los tecoxquines. Y porque se decia que algunos de ellos, que eran sacerdotes de los ídolos, andaban alzados por un monte, y que allí tenian su casa de idolatría, rogó Fr. Francisco á los indios de aquel pueblo que se los trajesen. Ellos respondieron que no se atrevian, ni osaban llegar á ellos, porque les tenian mucho temor. Y viendo que por esta via no tenia efecto su deseo, acordó de decirlo á su compañero Fr. Miguel, y preguntóle si tenia ánimo para subir á la sierra y traer atados á aquellos sacerdotes de los ídolos

que estaban allí alzados. A esto respondió Fr. Miguel que sí, y que iría de buena gana si él se lo mandase. Díjole entonces su guardian que se hincase de rodillas, y hincado, mandóle por obediencia subiese á la sierra, y trajese de ella aquellos sacerdotes de los ídolos, maniatados. Esforzado Fr. Miguel con el mérito de la obediencia, partió para allá; y llegado á la casa donde los sacerdotes de los ídolos estaban, se puso á la puerta, llamando la ayuda del Señor, y mandóles salir fuera. Ellos obedecieron á lo que se les mandaba, por ventura temiendo que los quemaria dentro en la casa, y así como iban saliendo los iba Fr. Miguel maniatando. Uno de ellos le dijo que era cristiano bautizado y se llamaba Juan, y que solo habia subido allí á llevar de comer á aquellos sacerdotes del templo. Á este no quiso atar, antes le mandó que le ayudase á atar á los demas, y así lo hizo. Y lleváronlos todos á su convento de Auacatlan, y allí los tuvieron un mes, enseñándoles la doctrina cristiana y las cosas de nuestra fe. Enviáronlos despues á sus pueblos y encargáronles mucho el cuidado de la doctrina de los otros, y que cada día recogiesen los niños en las iglesias para se la enseñar: porque así como habian sido ministros del demonio para su condenacion, lo fuesen tambien agora del verdadero Dios para su salvacion. Tuvieron despues noticia el santo Fr. Francisco y su compañero, que otros indios de lejos de allí se habian alzado, y acordaron de ir entre ellos y reducirlos á sus pueblos donde antes estaban. Llegados allá, recibéronlos aquellos indios con mucho contento, y el guardian Fr. Francisco les predicó y les dijo á lo que iban, que era á volverlos á su asiento y poblacion que habian dejado. Ellos lo aceptaron, porque en ver á este apostólico varon Fr. Francisco, les parecia que veian un ángel del cielo, y no tenian cara para ir contra lo que les mandaba. Y así se juntaron y recogieron en el sitio que él les señaló, donde les trazó su iglesia. Tambien tuvieron noticia que otros indios se habian alzado y remontado en las sierras de Xocotlan. Fueron allá, donde con la misma voluntad los recibieron; y con beneplácito de todos ellos, edificaron en las mismas sierras cinco pueblos con sus iglesias, y en ellas pusieron doctrina como lo acostumbaban en todas las demas. Habia algunos dias que Fr. Francisco y su compañero sabian cómo los indios que mataron al siervo de Dios Fr. Juan Calero (como arriba queda dicho), llevaron su hábito y con él hicieron una estatua, y que cada año el día que lo mataron, celebraban fiesta en memoria de aquella victoria, que (á su parecer) habian alcanzado en matar un destrui-

Rom. 6.

dor de sus ídolos. Entraron, pues, Fr. Francisco y su compañero entre estos bárbaros con mucho ánimo, y reprendiéronlos duramente, de que se gloriasen de tan gran mal como habian hecho, por el cual debian llorar todos los dias de su vida para alcanzar perdon de su pecado. Y despues de haberles predicado lo que convenia para el remedio de sus almas, pidiéronles el hábito del santo mártir, y ellos con toda liberalidad lo dieron. Edificáronse entonces por industria de estos siervos de Dios tres pueblos con sus iglesias, y recibieron los indios doctrina; y hecho esto, se volvieron á su monesterio, donde el santo varon Fr. Francisco era guardian. Celebróse en aquella sazón capítulo en el convento de Guadalajara, cabeza de la Nueva Galicia, y en él apartaron á Fr. Miguel de Estibaliz de la compañía del buen padre Fr. Francisco Lorenzo, enviándolo á morar á otra parte, y Fr. Francisco salió electo en guardian del convento de Ezatlan. Pasados algunos dias, dióle voluntad al bienaventurado padre de visitar (como solia) los indios de Cacalotlan en la provincia de Auaxocotlan. Son estos los indios que el santo padre habia profetizado antes y dicho á Fr. Miguel su compañero, que lo habian de matar, como de hecho lo hicieron. Tomó en su compañía para este viaje á un religioso mancebo, llamado Fr. Juan. Cuando allá llegaron, los indios los recibieron con mucha alegría, abrazándolos y mostrando gran regocijo. Mas los malvados infieles vecinos de aquella comarca (que siempre tuvieron pesar del fructo que el siervo de Dios hacia en la conversion de las ánimas), como supieron que era venido, á la segunda noche que habia que estaba en aquel pueblo, dieron sobre él con mano armada, y mataron diez y siete personas de los indios cristianos. Y como el santo Fr. Francisco oyó el estruendo de los bárbaros, y entendió la mortandad que hacian en los indios cristianos, dijo á su compañero: «Ea, hermano, agora es tiempo de ganar el reino de los cielos.» Encendió luego unas candelas delante del altar, y hincóse de rodillas encomendándose á Nuestro Señor. Entrábase el virtuoso mancebo Fr. Juan á su aposento para hacer lo mismo, y los enemigos corrieron tras él, y al entrar de la puerta lo mataron á macanazos. Tornaron luego á la iglesia, donde estaba el bienaventurado Fr. Francisco de rodillas con un crucifijo en la mano, y diéronle con una macana un terrible golpe en la cabeza, con lo cual se le cayó al santo mártir el crucifijo. Díjole entonces el bárbaro que lo hirió: «¿Piensas que te ha de valer ese?» Y acabólo de matar con mucha crueldad. Macana es una como espada de en-